

idioma, de igual modo que para ganar la plaza comercial de un país, es necesario formarse primero dentro de casa; es necesario llenarlo de contenido.

En estos países España ha sido derrotada en lo comercial, industrial y en todo género de artículos de exportación. El único artículo de exportación en que, hasta ahora, no hemos sido vencidos es el idioma, y si no lo hemos sido, es gracias, principalmente, a la prensa periódica, y gracias a ella también el idioma no se ha corrompido más aún.

El idioma español, como se habla y escribe en España y en América, tiene, por así decir, una centración doble y un doble crisol de formación y de vida, y tanto influyen en su conservación y depuración, en su estatismo y corrupción, España como América. La prensa americana (al decir americana me refiero a la que más conozco, a la argentina y uruguayana) contribuye poderosamente a la conservación y pureza del idioma, pues los principales diarios se esmeran en escribir con corrección y tienen como corresponsales periodísticos a muchos de los mejores escritores españoles, amén de un cuerpo de buenos traductores para los artículos de corresponsales extranjeros. Tengo para mí, que, si no fuera por la prensa diaria, el idioma castellano sería a estas horas, en estos países, un verdadero dialecto del que se habla en España. La prensa es para el pueblo la universidad popular, la extensión universitaria, y para el idioma español la verdadera academia.

Libros y muchos libros, de todas las ramas del saber humano, escritos en correcto castellano, se requieren para dar vida y pureza a nuestro idioma; libros y no reglas gramaticales. Libros y muchos libros de ciencia, literatura, religión, filosofía, y cuantas manifestaciones tenga el pensamiento humano, escritos en correcto castellano, se requieren para que el espíritu de media y alta cultura se torne español. No tenemos derecho a quejarnos por el desvío que sienten hacia lo nuevo que aparece hoy en nuestra patria, pues antes de aceptarlo, tienen ellos mismos necesidad de despolarizarse, y esto no se hace sin cierto esfuerzo.

En España, no me parece que comprenden bien el problema de las relaciones hispanoamericanas, si hemos de juzgar por lo que se dice, por lo que se hace y por lo que se deja de hacer. En general, no se hace nada, y cuando se ha hecho algo, es de pura ñoñez o infantilismo. Así, por ejemplo, para intensificar (intensificar se dice, cuando sería más justo decir crear o iniciar) las relaciones hispanoamericanas, se han creado becas para estudiantes hispanoamericanos. Y eso ¿qué valor, qué significado tiene en las relaciones y compenetración hispanoamericanas?

¿Qué estudiantes americanos irán a estudiar a España porque tengan una beca? No irá ninguno, porque el verdadero incentivo para ir a estudiar a un país extranjero, no puede ser la miseria material de una beca, sino estar al lado y recibir las grandes enseñanzas de los maestros, trabajar en sus laboratorios, guiados por los grandes técnicos, impregnarse con los efluvios de su gran espíritu. Eso sería lo único que podría atraerlos; mas, en la práctica, ni aun eso tendrá fuerza bastante para llevarlos a las grandes escuelas. Yo no he visto que estudiantes argentinos llevados de semejantes anhelos (anhelos

que, por otra parte, no pueden tener cuando se inician en el estudio de su carrera) hayan ido a hacer sus estudios a las grandes universidades europeas, de París, Berlín, Londres: de Suiza o de Italia. Esto ni aun siendo hijos de ingleses, franceses, alemanes o italianos. ¿Y por qué no? Pues, sencillamente, porque es más conveniente para los padres que los hijos sigan su carrera en una Universidad de la nación en que radican, que no tenerlos lejos de toda vigilancia, y, también, porque ven la conveniencia de que al mismo tiempo que hacen su carrera, hagan sus relaciones.

El intercambio de estudiantes no me parece que se habría de hacer por el sistema de las becas, y casi me atrevo a decir que por ningún sistema. Por lo que se refiere a los estudiantes americanos, pocos serían los que irían a España, y por lo que se refiere a los españoles que vinieran a América, tengo la presunción de que se quedarían en ella, aunque tuvieran que perder años cursados y volver a comenzar la carrera. Por otra parte, no conduce a nada práctico el intercambio de estudiantes como no sea a ampliarles el horizonte y suscitarles estímulos.

No es a los estudiantes a los que debemos atraer, a los que nos interesa atraer, es a los profesionales diplomados, que van a Europa a perfeccionar sus estudios; y a éstos, les atraeremos si les podemos ofrecer lo que les pueden ofrecer los Institutos Científicos, Centro Europeos, o un poco menos, pues tenemos sobre los demás europeos la inmensa ventaja que nos da el idioma. Además, que nosotros, por hidalguía, por carácter, por generosidad, nos daremos a ellos sin reservas y les daremos cuanto tengamos. El intercambio ha de ser de profesores y no de estudiantes. La atracción ha de dirigirse hacia profesionales, y para éstos las becas tendrían poco o ningún valor. Si encuentran buenos laboratorios, sabios maestros, escuelas originales, que den normas y marquen rumbo, se detendrán en España, con becas o sin becas; mas si no encuentran nada de eso, pasarán de largo, rozando España, sin detenerse en ella. El problema hispanoamericano, a ese respecto, está en España, y no es un problema de raíz sentimental, como nosotros creemos, y si no creemos decimos, hasta hacer del dicho un lugar común. El problema hispanoamericano es problema de conveniencia. No usemos ni abusemos de sentimentalismos, como de valores positivos, porque perderemos tiempo. Los sentimentalismos en realidad tienen escaso valor. Los verdaderos valores son el idioma, y, por encima de todo, los maestros, los laboratorios y sus técnicos, los grandes institutos y las escuelas superiores. En suma, el contenido espiritual y científico con que podemos nutrir el idioma y las inteligencias.

AVELINO GUTIÉRREZ

(El Sol, Madrid)

